

Carlos Palanco Vázquez

---

# Las tres llaves



viveLibro

# Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)  
[Capítulo XXX](#)  
[Créditos](#)

### Aclaración relativa a la ficción de la obra:

La presente novela pertenece al género de ficción, si bien hay pasajes de la misma que hacen alusión a personajes y hechos históricos reales. Al margen de estos elementos históricos, los cuales el lector podrá identificar con facilidad, el resto de la obra es fruto de la imaginación del autor, sin pretender en ningún momento hacer alusión a hechos específicos o personas reales concretas.

El autor

*A mi hijo Carlos, centro y alma de nuestras vidas.  
A mi esposa, fiel compañera y madre excepcional.  
A mis padres, majestuosos labradores de mi persona.  
A mi hermano, al que admiro con orgullo.  
A toda mi familia, ayer, hoy y mañana.*

## I

Entregado al destino, es la idea que se le pasaba una y otra vez a Marcos por su mente. Es de esas ideas que se rumian en la cabeza, de esas ideas que se palpan tan reales que asustan, de esas ideas que uno no quiere aceptar.

Marcos tiene treinta años, de apariencia más bien juvenil. Es delgado, poco musculado y de estatura media. Se podría decir que encaja en el perfil de lo que se entiende por un hombre de poca chicha. Presenta unos amplios ojos marrones. Su pelo es negro, aún espeso y sin canas. Su cara fina y de facciones suaves, con la tez blanquecina, como el resto de su cuerpo.

Vivía en una ciudad cualquiera, el nombre es lo de menos, donde el bullicio y la soledad se confunden en uno, donde mirar al horizonte es mirar a la pared del edificio más cercano, donde el sentimiento que subyace en cada gesto que intercambiamos con nuestros semejantes es un sentimiento que anhela cariño, amor, que anhela comprensión. Y es que en el fondo de nuestras almas somos tan iguales... Si alcanzásemos a comprendernos a nosotros mismos descubriríamos que lo único que buscamos es amor. El problema está en que a veces se opta por caminos equivocados, los cuales no hacen más que conducir a las perversiones que en el ser humano promueven sus actos precisamente menos humanos.

No pierdan de vista ese escenario urbano del que les hablaba al principio y añádanle ahora el transcurrir rápido del tiempo, o más bien la poca percepción que se tiene del mismo. Disponemos por tanto de un espacio y tenemos también un tiempo. Si se tratase del mundo perceptible, podríamos decir que contamos con los dos pinceles que hacen falta para pintar nuestras vidas. Claro está, que en el

espacio y el tiempo está el sujeto, el uno mismo, que es el que en último término decide como usar los pinceles para dibujar ese cuadro que podemos llamar vida.

Marcos era de esos hombres que camina pensando que todo se repite ineludiblemente en un bucle sin fin. Esa sensación todo el mundo la tiene alguna vez, pero cuando esa alguna vez pasa a ser siempre se puede decir que el cuadro que se pinta es aburrido, monótono, carente de vida.

Caminando pues estaba nuestro amigo, caminando al trabajo, como cada mañana de cada lunes de cada semana. Él camina y se introduce en la boca del metro, espera el metro, se mete en él, se sienta, si es que puede, y mira hacia delante viendo reflejada su cara en el cristal de enfrente. No soy ciertamente la alegría de la huerta —piensa para sí—. Y viene una parada, y otra, y otra..., hasta que por fin llega a la más cercana a su trabajo. En este recorrido ha visto mucha gente, incluso ha mirado fijamente a los ojos de algunas personas, se ha topado con su alma y, en casos muy contados, hasta ha llegado a leer en sus ojos «Tú también estás solo».

Uno podría pensar que todo es relativo, que todo depende de aquel que mira el cuadro, que no hay cuadro bonito o feo, que en el arte no hay patrones de objetividad. Sí, todo eso puede que sea cierto, pero el problema surge cuando el cuadro que parece feo es el que uno mismo está pintando.

Marcos llega a su lugar de trabajo y comienza esa retahílas de frases hechas que no hay más que lanzar, con más o menos ánimo: «Buenos días», «¿Qué tal el fin de semana?»... Entra por fin en su despacho y cierra la puerta. A salvo. En el despacho estaba solo él, a salvo de protocolos innecesarios y superficiales, a salvo de la soledad del bullicio, de la soledad que es más soledad que nunca cuando intentas encontrar una mirada amiga y no encuentras más que ojos llenos de prisa. Se sentaba y comenzaba a hacer las cuentas que le tocaban ese día, igual que todos los demás días. Marcos era administrativo, empleado en una empresa dedicada a la auditoría contable. Así se pasaba la mañana y

la tarde, haciendo cuentas, diciendo los «holas» oportunos, encerrado en sí mismo. Paraba a la hora de la comida. Solía comer sobre las dos del mediodía en un restaurante cercano a su lugar de trabajo. Le atendía la mayoría de las veces el animado y alegre Joaquín «el mañanero», llamado así por la alegría que mostraba a primera hora de la mañana, cuando apenas el sol lanzaba sus primeros rayos de luz. Conociendo a Marcos se podría pensar que con Joaquín «el mañanero» se limitaba a saludarse de forma cortés, sin entrar en mayores formalismos. Sin embargo, Joaquín era para él de las pocas personas, si no la única, con la cual empatizaba y se sentía a gusto. Joaquín era de esas personas tan vitales que iba repartiendo ganas de vivir allá por donde pasaba. Con Marcos, si bien no llegaba a tanto, sí que le transformaba la comida del mediodía en un rato agradable, con sonrisas y, de vez en cuando, con alguna risa más alta que otra. De alguna forma esto resultaba un tratamiento paliativo para lo que podríamos llamar su «trastorno solitario». Tras comer, la tarde era igual que la mañana en lo que a trabajo se refiere, aunque con la pequeña ilusión de saber que el final del día se aproximaba. Normalmente llegaba a casa a eso de las nueve, después de una media hora de transporte subterráneo, el cual le trasladaba de la gran ciudad, que era donde estaba su oficina, hasta la ciudad donde él vivía, de tamaño más reducido.

No es precisamente la vida de nuestro amigo una vida envidiable, más bien, por lo poco que hemos podido conocer de ella, resulta todo lo contrario. Sin embargo, a Marcos le estaba tocando vivirla, porque era su vida y, a tenor de lo visto, parece que no tenía mucho espíritu para cambiarla. Nuestro querido Marcos, permítanme que lo sienta querido, vivía una vida rutinaria, no se planteaba que pudiera ser de otra forma y si alguna vez se había propuesto cambiarla, desistió ya en el empeño. Pero, ¿qué le pasa a Marcos?, ¿está enfermo?, ¿arruinado?, ¿aburrido de hacer lo mismo? No, nada de eso, a nuestro amigo lo que le pasa sencilla y llanamente es que está solo. Vivía solo en una ciudad llena de gente que, por supuesto, no tenía tiempo que



dedicar a este desconocido. Pero, ¿y su familia? Familia tenía, no obstante, sus padres vivían en otra ciudad y sus dos hermanos mayores estaban demasiado ocupados como para dedicarle más tiempo del que corresponde a una llamada de teléfono ocasional. Solo y triste es lo mismo que decir apático, desanimado, desilusionado, ausente..., y tantos otros calificativos que no hacen más que describir lo mismo, describir la pena, la soledad. ¡Vaya vida, si es que puede llamarse así!

Si estas primeras líneas las leyera un psiquiatra diría sin duda que a esta persona lo que le pasa es que está deprimida, que tiene un trastorno depresivo. Sin embargo, permítanme que les diga con cierto conocimiento que no es depresión de lo que estamos hablando, es de soledad, «trastorno solitario», como lo hemos dado en llamar. No es depresión, no, a nuestro amigo le gustaba hacer ciertas cosas, cosas que se le había olvidado porque no tenía oportunidad para hacerlas —recuerden ese devenir rápido del tiempo del que les hablaba—, y porque no había nadie que las compartiese con él. Hubo un tiempo en el que disfrutaba con hacer deporte, ir al cine, salir de marcha... Disfrutaba porque había gente que disfrutaba con él. Pero, tras años en los que la falta de tiempo y la soledad le fueron robando la ilusión, ya no disfrutaba, y si disfrutaba desde luego que ya ni se acordaba.

## II

Había caído la noche y Marcos, tras una jornada de trabajo más, ya estaba en su casa. Se disponía a preparar la cena, o más bien, a calentar los precocinados que había comprado en la tienda más cercana, cuando, en un intento por romper la monotonía nocturna de cada día, sonó el timbre del portero.

—¿Sí...? —nadie respondía—. ¿Sí, quién es? —repitió Marcos.

—Soy el cartero —contestó una voz varonil al otro lado del portero.

—¿El cartero a estas horas?

—Sí, ¿puede abrirme? Traigo una carta para usted.

—Una carta y a estas horas...

Debía de ser algo urgente, pensó, y a continuación le dio al botón para abrir la puerta.

—¿Ya?

—Sí, gracias —respondió amablemente el cartero.

«¿Qué será?» se preguntaba Marcos. Estaba verdaderamente intrigado, se podría decir que hasta preocupado. Es posible que se tratase de asunto burocrático de enorme trascendencia —pensaba.

¡Ting—tong! Marcos miró por la mirilla y se dispuso a abrir, pero no vio a nadie.

—¿Sí? ¿Es el cartero? —preguntó intrigado.

Ninguna respuesta al otro lado de la puerta. Finalmente, decidió abrirla. Efectivamente, nadie le esperaba.

—¡Qué raro...! En fin, habrá sido un mal entendido sin más —se dijo.

Marcos cenó pensando que realmente aquello había sido bastante extraño, aunque, con todo, lo más probable es que se hubiera tratado de una simple confusión.

En este trajín de actos rutinarios que manejaban a nuestro amigo, tocaba ir a tirar la basura como cualquier mortal bien urbanizado. Bajó del sexto piso, que era donde vivía, a la planta baja, en ascensor. A la vuelta y casi en acto reflejo miró al buzón. Tras la mirilla se dejaba entrever una carta. «¡Claro, ya está!» —se dijo—, «¡como no lo había pensado antes!» Lo del cartero había sido cierto, claro que, la carta la había echado en el buzón, que es donde se suelen echar, si bien es cierto que eso de las cartas, al menos personales, ya estaba en desuso, con la masificación en el uso de e-mails, redes sociales y demás recursos del ciberespacio. Sin embargo, de pronto, se dio cuenta, no sin temor, de que alguna pieza no encajaba del todo en el asunto del cartero: el timbre de la puerta. Sonó, de eso tenía constancia.

—No sé, en fin... —se dijo nuevamente, tratando así de pormenorizar el asunto.

Por fin abrió el buzón. Había una carta para él, el mismo Marcos Torrados Veyestero. Era un sobre normal, sencillo, corriente, aunque no tenía remitente. Sin más espera, lo abrió.

Mientras se montaba en el ascensor comenzó a leerla. La carta estaba escrita a mano, en tinta negra, con una letra clara y legible. Decía así:

*Querido Marcos:*

*Te vengo observando desde hace tiempo, observando lo que haces, tu apatía, tus pocas ganas de vivir. La verdad es que me estás desilusionando, pensé que tú serías de otra forma. Antes no eras así, eras feliz, un chico joven, alegre, lleno de vida. Ahora todo en ti es triste, lo noto por cómo andas, cómo vas del trabajo a casa y de casa al trabajo, rutinariamente, sin ningún interés. Todo lo que antes se te antojaba divertido, ahora simplemente no se te antoja. ¿Y tus amigos? Porque te recuerdo que tenías amigos y ellos te tenían a ti.*

*No quiero que interpretes estas palabras con tono hiriente, más bien intento que te sirvan de susurro en el oído para que despiertes de este sueño aburrido y triste en el que has convertido tu vida. ¿No te das cuenta de que vida no*

*hay más que una? Supongo que te estarás preguntando a que se debe esta carta, y sobre todo quién es el que te la escribe, quién soy yo. Te espera un largo camino que recorrer, un camino que puede resultar difícil, no te lo niego, sin embargo, es el único camino posible para que tu vida comience a ser eso, vida.*

*Hasta luego Marcos.*

«¿Qué es todo esto? ¿Una broma? Porque si es una broma, es de muy mal gusto», pensaba. No podía dar crédito a lo que había leído en aquella carta, más que a la carta en sí. De alguna forma, lo que se plasmaba en aquella hoja era la pura realidad, aunque a nadie le gusta aceptar que la vida de uno no es tan buena como desearía. Y eso es precisamente lo que hizo Marcos, no aceptarlo. «Quién haya sido, no lo sé», se decía, pero lo que estaba claro es que, quién quiera que fuera, debía estar bastante desocupado para dedicarse a tales menesteres. ¿Asustado? No, en absoluto, más bien intranquilo, como si se le estuvieran removiendo las tripas, porque quizás era eso lo que pretendiese esta carta, remover las tripas, remover las entrañas, las entrañas del alma.

Esa noche dormiría nervioso, aunque lo negase, aunque a sí mismo se dijese una y otra vez que aquella carta había sido una broma de mal gusto sin más, y que aquello de vida aburrida debía de ser para otro, porque para él desde luego no, harto de trabajar como estaba. Así pues, fue conciliando el sueño. Es en la noche cuando la mente toma su propio rumbo, cuando se olvida de los protocolos y se lanza a un mundo de invenciones propias, unas veces buenas y otras en forma de auténticas pesadillas. Esta noche tocaría un sueño de esos que se pueden calificar como raro, parecido por tanto al día que ya se despedía. Marcos aparecía en una plaza vacía, sin nadie, sin la más mínima forma de vida conocida, al margen de él, claro. La plaza estaba oscura, apenas se podía ver a unos pasos de distancia. Sin embargo, en el centro había una luz que iluminaba unos pocos metros en derredor. A Marcos le asaltaba una duda sobre

aquella luz, una duda que él mismo no alcanzaba a entender. Decidió caminar hacia ella, caminaba a paso lento, solo oyendo sus propios pasos y el latir de su corazón. Conforme se acercaba a la luz notaba cómo se iba poniendo más nervioso, pero sin miedo, siempre sin miedo. Estaba a punto de llegar a la zona iluminada cuando de repente oyó a alguien que desde la lejanía le dijo con tono imperativo: «Marcos, no olvides hacer todo lo que tienes pendiente, queda poco tiempo para la entrega». En ese mismo momento sintió como abría los ojos, mirando al reloj, que marcaba las seis en punto. Con el sueño profundo, notó que tal como se despertaba, volvía otra vez a dormirse. Esa noche ya no habría más sueños, al menos que él recordase.

No se puede decir que hubiera dormido mal, pero tampoco tenía el cuerpo como para tirar cohetes. Ese día le tocaba más de lo mismo, ya saben, metro, trabajo, protocolos sociales... Sin embargo, al salir de casa, por la cabeza de Marcos pasaban algo más que las ideas repetitivas y pesimistas de todos los días. Había algo en él que lo desconcertaba. Se decía para sí mismo con actitud resignada «Todo ha sido una broma de mal gusto, una confusión, ¡qué sé yo!», pero en el fondo de su corazón sabía que la esencia más íntima de su ser estaba siendo agitada, sin ser aun consciente de lo que todo esto supondría para él. El día transcurriría con la misma parsimonia de siempre, aunque en el trabajo esa jornada había tenido que hacer más papeleos de lo habitual.

Estando ya en casa se acordó de que era el santo de su madre, así que la llamó por teléfono, sin obtener respuesta al otro lado de la línea. Ya la llamaría más tarde —se dijo— y si no, al día siguiente, aunque la felicitación llegara con algo de retraso.

Cenó y se sentó en el sofá a ver la tele sin demasiado interés.

Esa noche comió poco, estaba con el apetito en horas bajas, y es que aunque no quisiera aceptarlo, se encontraba nervioso por la carta del día anterior.

Estaba descansando en el sillón cuando sonó el teléfono.

—Hijo, ¿has llamado? —le preguntó su madre con su voz dulce y pausada.

—Sí mamá, era para felicitarte por tu santo.

—Muchas gracias, pero aquí tu padre y yo casi ni nos acordamos.

—¿Y papá? Viendo la tele, supongo.

—En el sillón, que no me deja ver nada con el mando siempre a cuesta, para no variar.

—¿Va todo bien por ahí?

—No nos podemos quejar, aunque a tu padre le ha dado ahora por decir que se está haciendo mayor. Ya sabes, cosas de la edad... Y tú, ¿qué tal andas?

—Yo, pues liado con el trabajo, como siempre, pero en fin, vamos tirando. A ver si voy para allá, que tengo ganas de veros.

—Pues nada hijo, cuando quieras. Avisa antes, que te prepare una buena comida. Besos de tu padre.

—Venga mamá, muchos besos, hasta luego.

—Hasta luego cariño.

Le había alegrado charlar con su madre, hacía varios días que no hablaban. De pronto, el teléfono volvió a sonar. «Mi madre, que se le ha olvidado algo», pensó, hasta que vio que la llamada mostraba identidad oculta.

—¿Diga? —preguntó Marcos expectante.

—*Marcos, asómate a la ventana que da a la calle de la puerta principal del bloque y observa atentamente al hombre que está al lado de la puerta. Verás que está pidiendo limosna. Dale cincuenta euros* —dijo una voz grave con un cierto aire de misterio y solemnidad.

—Si es una broma, desde luego que es de muy mal gusto. Puedo llamar a la policía en cualquier momento, así que deje de molestar ¿No será usted el mismo que me escribió ayer una carta?

No contestó, el silencio por respuesta.

—*Solo una cosa más: al darle los cincuenta euros dale también las gracias.*

Tras esta última y desconcertante frase, quien había llamado colgó, sin dar margen a Marcos para continuar la

enigmática conversación.

Marcos no salía de su asombro. Estaba perplejo. No podía entender qué estaba sucediendo, y sobre todo, por qué todo esto le estaba ocurriendo a él. No sabía qué hacer. Primero se sentaría tranquilo a reflexionar sobre lo ocurrido, aunque antes comprobaría si realmente había un hombre pidiendo limosna en su portal. Se asomó a la ventana, efectivamente estaba ahí. Instintivamente se dispuso a cerrar ventanas y persianas. No cabe duda —pensó—, el individuo que me ha llamado está cerca de aquí. Al instante se dio cuenta de que estaba temblando, de miedo, porque ahora sí tenía miedo. ¿Qué haría? ¿Bajaría a la calle y le daría el dinero al vagabundo? ¿Ignoraría todo lo sucedido? A estas alturas esto resultaba ya ciertamente algo irresponsable. Llamaría a la policía... ¿Y qué le diría? ¿Que un desconocido le estaba mandado ordenes absurdas? Esto tampoco parecía ahora la opción más práctica. Tras llenarse de valor, tomó la decisión de bajar a la calle y observar al hombre, al menos observarlo, después ya decidiría qué era lo mejor.

El mendigo era un pedigüeño como otro cualquiera, con una mano extendida y en el suelo una cestita con algunas monedas. La escena en absoluto parecía nada excepcional. Marcos se situó a unos cinco metros del hombre. Al cabo de poco más de un minuto decidió que no le daría nada, que probaría con eso, a ver qué ocurría. Sus sensaciones eran muchas, pero si hay que enumerar tres, se podría decir miedo, intriga e incredulidad. Dio la vuelta, abrió la puerta del portal y comenzó a dirigirse al ascensor, a su casa, allí se sentiría a salvo, o al menos esa era su impresión. Conforme se acercaba desde el ascensor a la puerta de casa comenzó a oír, cada vez con más intensidad, un teléfono, era el suyo. Se apresuró para cogerlo.

—¿Diga? —preguntó jadeando al descolgar el teléfono, tras haber entrado corriendo en casa.

—¿Por qué no se lo has dado?

Era él otra vez. Con la voz temblorosa, Marcos contestó:

—¿Quién eres? ¿Te he hecho algo?